

LA RELIGIOSIDAD DEL NIÑO ENTRE LOS TRES Y LOS SEIS AÑOS

Candidata a la Licenciatura en Teología
Profesora de la Facultad de Teología de la U. P. B.

Este estudio ha sido realizado pensando en los educadores de niños entre los tres y los seis años, especialmente los preescolares, pero resulta de particular interés para todos los interesados en las ciencias religiosas, ya que en el niño de tres a seis años, "la edad de oro de la vida religiosa en el hombre", se está jugando el futuro, no sólo de esta dimensión sino de la totalidad del psiquismo.

Este estudio está fundamentado por las aportaciones de la obra ya clásica de Antoine Vergote: *Psicología Religiosa* (Taurus, Madrid, 1969) quien, aprovechando los mejores conocimientos de la psicología dinámica, hace un análisis exhaustivo de las raíces profundas de la Religión en el hombre. Nos han servido también como hilo directivo las conferencias y hojas mimeografiadas de la cátedra del Dr. Alfred Vannesse, Psicólogo Analista del Instituto Lumen Vitae de Bruselas (Bélgica) en 1979, y nuestra personal experiencia como profesora de la cátedra de Formación Religiosa y Moral del Niño.

Esperamos que el lector encuentre en estas líneas instrumentos útiles para comprender sus personales actitudes religiosas y/o ayudar a los niños a estructurar imágenes adecuadas de la vida, de Dios y de las normas.

A. La religiosidad del niño es eminentemente original

"Propiamente hablando, nada es natural en el niño, puesto que el universo cultural en el que va a ingresar, contribuye a formar y a definir sus comportamientos; pero el niño, no es, tampoco, un puro vacío" (1).

(1) A. VERGOTE. *"Psicología Religiosa," Taurus, Madrid, 1969, p. 345.*

Para hablar de la manera de ser del niño entre tres y seis años, de ese niño que asiste a la maternal, al jardín infantil o al preescolar, tendríamos que escoger una serie de variables que nos darían como resultado el mismo aserto que utiliza para el adulto, más que las ciencias psicológicas, la Antropología Filosófica; cada niño —como cada persona, y el niño es una persona de menos años, pero siempre una persona—, es UNICO, IRREEMPLAZABLE, IRREPETIBLE.

Algunos han comparado al niño con el primitivo, e incluso un poco románticamente, poetizan sobre la infancia. Todos pensamos un poco arquetípicamente que “todo tiempo pasado fue mejor” y hasta cierto punto el hombre considera que siempre los orígenes fueron paradisiacos. “En la arqueología del ser está su teología”, dirá Paul Ricoeur.

... Hablando del niño, en efecto, hoy creemos en la originalidad relativa de este hombre en comienzo, debida a un equipamiento genético hasta cierto punto autónomo. En esta línea encontramos estudios muy interesantes de la Psicología infantil con J. de Ajuriaguerra a la cabeza. Hoy se valoriza de modo singular la lógica del niño(2). La sicolingüística muestra en efecto, cómo los mecanismos de adquisición del lenguaje en los niños funcionan con más lógica que la conjugación de los verbos irregulares y el uso del género en los idiomas, cuya arbitraria formación es de todos conocida.

“El niño es un ser religioso a su manera. Es diferente del primitivo, puesto que pertenece a nuestro universo cultural y religioso y pretende integrarse en él. Si ciertos rasgos le aproximan a diversas culturas primitivas, es por ser esencialmente polimorfo. En él se encuentran mezcladas y en potencia todas las posibilidades que constituyen el fondo común de la humanidad” (3).

Hacia los tres años el niño está cruzando una etapa definitiva para su vida psicológica futura. Y sería injusto decir que es menos importante para su vida intelectual que para su vida afectiva. Su psiquismo funciona como un todo, y cualquier desajuste en uno de los aspectos influye en todos los otros. Un desequilibrio en la triangulación edípica, puede, en efecto, afectar, todo el sistema cognoscitivo mediatizado por la adquisición del lenguaje.

Un niño de tres años está justamente afrontando el tercer y más grave “duelo” de su desarrollo psíquico. El primero lo había vivido al

(2) Jeanne van den Brouck ha escrito en este sentido un simpático libro titulado: “Manual para los Hijos con Padres difíciles”, Pomnaaire, Barcelona, 1980.

(3) A. VERGOTE, o. c., p. 243.

nacer, al ser "separado" de ese primer mundo y de esta tierra paradisiaca que fue el seno materno. Allí había encontrado seguridad, alimento, techo, calor... pero fue necesario, por agotamiento de recursos en el medio, nacer. Decidirse por una ruptura que lo arrojó a otra tierra y a otro modo de relación con el ambiente: con el aire, con la comida, con los otros. Pero entonces el ser humano apenas nacido era demasiado pequeño para "distinguir" que la madre era "otra", diferente de él. Ella seguía siendo una continuidad de sí mismo, por lo menos a nivel imaginario.

Un segundo duelo fue el destete: este cambio de alimento y esta puesta "de los pies en la tierra", afectó también su modo de relación con el mundo, sobre todo el materno, dejando nuevas huellas en la estructuración de la vida psíquica.

Pero en este tercer duelo, el de los tres años, que la psicología dinámica llama Edípico, el niño debe definitivamente "renunciar" a la unión simbiótica que lo vincula a la madre, al mundo imaginario que sustenta esa unión dual, y entrar definitivamente en el mundo real, aceptando la presencia del padre, la "otredad" de la madre, su propia existencia de niño, la existencia de otros hermanos (4).

Este paso se da justo en la entrada del preescolar que ciertamente facilita el proceso y lo hace más sano.

De la relación que el niño vive con sus padres, y especialmente con la madre, surge "esa salud mental" que cura las psicosis (vivir en lo imaginario, no tener contacto con lo real), que previene las neurosis (ajuste doloroso e inadecuado a lo real); que desinstala las perversiones (deslizamiento y fijación de la energía psíquica en objetos inadecuados).

Para muchos el duelo edípico es un proceso fundamentalmente afectivo y su solución iría en la misma línea: y esto explicaría en mucho, justamente la estructuración del sentido religioso.

Para muchos estudiosos de la evaluación religiosa del hombre, la edad de los tres a los seis años es ciertamente "la más religiosa", "la edad de oro" (5).

Sea como fuere, tal vez más importante que el proceso afectivo y siempre que lo entendamos fuera de él, es el proceso cognoscitivo y de discernimiento en el que el niño ELIGE SER COMO PAPA.

En este paso el niño debe definitivamente renunciar a su mundo imaginario, renunciar a la madre como objeto único de placer y de deseo e identificarse con el padre.

(4) J. LACAN, "La Familia," Ed. Homo Sapiens, Argentina, 1977.

(5) "The Development of religious experiences in children," de Harms, citado por A. VERGOTE, o. c., p. 348.

Son estas rupturas las que lo preparan para ser más intensamente religioso? Es la inadecuación de sus procesos simbólicos, todavía a nivel fundamentalmente mítico, la que lo hace todavía más abierto a lo divino?

De todos modos, en el momento de esta entrada del hijo del hombre en el mundo humano social, en el que el incesto está prohibido, en el que las imágenes paternas toman contornos reales, es más fácil la incorporación y la comprensión de la imagen de Dios, distinto a sus propios padres y con las cualidades que el niño empieza a ver que sus padres no poseen. Estos procesos se dan fundamentalmente por el lenguaje:

- “no, tú no eres el papá. Tú eres el hijo. Los hijos no se casan con las mamás. Cuando sean grandes, ellos se casarán con otras niñas que ya estarán grandes también”.
- “no, papá no puede hacerlo todo. Papá también tiene papá: el abuelo. Dios es Padre de todos: del abuelo, del papá, tuyo también”. Dado el desarrollo de su inteligencia y sus procesos de simbolización, la imagen que el niño se forja de Dios es eminentemente mítica, antropomórfica, artificialista y egocéntrica. Desglosemos estos conceptos:

1. El niño se forja de Dios una imagen mítica

EL MITO (de mythos - mytheomai: pensar, pensamiento), por oposición al LOGOS (palabra, entendido como “discurso verdadero”) se ha integrado a la cultura contemporánea como la “proclamación de lo que sucedió en el origen” (Mircea Eliade): un relato no científico, no filosófico, sino de tipo existencial, por el que el hombre le da “sentido” a lo que vive: a su relación con los dioses, con el mundo, con los otros hombres (6).

El mito es fundamentalmente una explicación, una representación que el hombre hace a nivel de su imaginación y con la lógica de la misma, de cómo sucedieron las cosas “en el principio”, o van a suceder al final.

El mito es, sobre todo, un “producto” del deseo, de un deber-ser originario.

Para el niño, el mundo debe ser “maravilloso”. La formación que hacen la estructura familiar y la religión, realiza una simbiosis jamás lograda por otras instituciones.

(6) Cfr. GARCIA-GASCO, Agustín: “Teología Fundamental; el hecho Religioso, Fonomenología”, Madrid, 1981, p. 67 - 68 ss.

“El niño tiene necesidad de un mundo bien hecho, feliz, tranquilizador y estable”.. “Lo sagrado se sitúa para él en una perspectiva de crecimiento vital” (7).

Para el niño de cuatro años el universo de lo divino se sitúa a nivel de un orden “maravilloso”, tal y como nosotros entendemos justamente el mito.

Dios despierta para él sentimientos de fascinación. La imagen de Dios se perfila en la de los padres, o en la del mismo niño en forma progresiva y Dios goza de la omnipotencia y omnisciencia de que gozan las imágenes paternas. Cuando éstas comienzan a manifestar sus límites, entre los 5 y los 7 años, el niño comienza también a distinguir conscientemente a Dios de sus padres. Esta representación de Dios es a la vez imaginaria y afectiva y a medida que se disocian la imagen de Dios y la de los padres, surge la imagen universal de Dios. Para el niño de 6 años Dios es el creador de todo el universo. Hacia los 7 años, Gesell observó una primera dificultad consistente en la intriga del niño por la invisibilidad de Dios.

O sea que esta imagen mítica de Dios y del mundo, semejante a los cuentos de hadas, debe, con la maduración natural del niño y la mediación de la educación, transponerse, sin instalaciones ni fijaciones, en la comprensión paulatina de la espiritualidad de Dios. En esta etapa mítica convienen sobre manera las narraciones en la catequesis, el “cuento”, la “historia sagrada”. Decir con sumo respeto el nombre de “Dios”, como nos lo propone Lubienska de Lenval. El niño comprenderá más fácilmente el sentido de Dios al observar las actitudes de los padres y educadores frente a El, que por lo que “oye” de El. Nada más desconcertante para un niño de 3 años, que ver a su propio padre de rodillas, frente a alguien a quien no ve, pero a quien llama “Padre”. Henri Duval, contaba cómo, su gran intriga de pequeño sobre quién sería Dios, surgía al ver de rodillas a su padre. Mi padre —tan fuerte—, pensaba él ¿delante de quién se pone así? y sentía un temor sagrado, pero a su vez, pensaba, debe ser un Dios de mucha confianza, pues mi madre le reza mientras alimenta al bebé.

Los sentimientos de lo sagrado surgen en el niño desde los 3 años en su ambivalencia de fascinación y terror e irán siendo orientados hacia su auténtico sentido religioso en la medida que sean modelados por la educación.

(7) A. VERGOTE, o. c., p. 347.

2. El niño se forma de Dios una imagen antropomórfica

El niño hace tentativas de representarse la realidad de Dios: manifiestamente busca formas humanas. No tiene más "soporte" para su pensamiento infantil que las imágenes humanas, las mismas de sus padres, como una especie de conocimiento analógico en ciernes.

Para un niño de 3 - 4 años no hay inconveniente en que Dios se pasee por el cielo y que su casa sea un jardín de flores, en que se ponga triste o esté enojado: Dios tiene formas humanas. Para el cristianismo la máxima manifestación de Dios es Jesucristo "semejante a nosotros en todo menos en el pecado".

Cuando le explicamos al niño que Jesús es Dios, que tuvo una familia como la nuestra, que María y José fueron a Belén, y le explicamos las escenas del pesebre, nuestro pequeño oyente no tiene ningún inconveniente en responder a nuestra pregunta: "¿Dónde está Dios?", señalando la estatua de Jesús recién nacido. Pero si no tenemos dicha imagen a la mano, y le preguntamos: —"¿dónde está Dios?"— nos responderá que en todas partes, y, espontáneamente, que Dios es su mamá.

3. El niño se forja una imagen "artificialista" de Dios

La expresión es de Piaget. Para éste, el niño concibe el mundo fabricándose a sí mismo, o como fabricado por el hombre. En la familia cristiana y en la escuela, el niño oye hablar, sin embargo, de las cosas que hace Dios. "Hizo el cielo y la tierra", rezan las primeras frases del credo bíblico. El niño concibe a Dios como un artesano, como un fabricante de estas cosas, a menos que se lo expliquemos de otra manera en nuestra catequesis: "Dijo Dios: hagamos...", "... y con su palabra HIZO ... creó...".

Pero puede intervenir el pensamiento mágico y animista infantil, por esa dificultad que el niño tiene para distinguir lo real de lo imaginario. El niño cree que Dios hace las cosas como Aladino sacando maravillas de su lámpara. Es entonces cuando hemos de explicarle el poder que Dios le da a las cosas para que sean ellas mismas.

4. La imagen que el niño se forma de Dios es egocéntrica

"Para el niño de 3 años, las personas y los objetos que lo rodean, piensan como él y experimentan los mismos sentimientos: la luna brilla para alumbrarle, y la mesa a quien se golpea siente el dolor" (8).

(8) A. VERGOTE, o. c., p. 355.

El egocentrismo afectivo del niño se muestra también en el plano religioso: todo lo que Dios hizo o hace es para él, para premiarlo o castigarlo. Este egocentrismo amenaza seriamente la vida de fe posterior. El adulto pondrá como fundamento de su ateísmo, el "sentimiento" de la existencia de Dios para él, al darse cuenta de que Dios no está a su servicio.

Este egocentrismo es el que da justamente pie para los "sentimientos mágicos" del niño. La vivacidad con que un niño puede atravesar el duelo edípico puede suscitar en él tales sentimientos de culpa que su egocentrismo le hará "ver" que la tierra se abre a sus pies para castigarlo si se enoja con los padres o los desobedece, visión que a veces apoya una cultura primitiva. Estos sentimientos de la justicia inmanente del universo acompañan los sentimientos de culpa de la humanidad y su interpretación pre-religiosa de las catástrofes y accidentes naturales.

El niño le atribuye intenciones al universo. Los niños educados religiosamente vinculan espontáneamente esta justicia a la voluntad de Dios. Si bien estos sentimientos deberían desaparecer con la travesía de la adolescencia, son comunes en los enfermos mentales.

Para el niño de 3 a 6 años, y sucesivamente, los sacramentos también actúan en forma mágica. Toda indicación sacramental es, en sus comienzos, ritual y mágica. También los niños controlan la angustia inventando ritos: saltando baldosas de una determinada manera, contando objetos de un modo sui géneris... Es preciso tener en cuenta todas estas características del pensamiento y del comportamiento pre-religioso, justamente para su acertada educación. Suprimirlos sería tan irracional como apoyarse solamente en ellos.

B. Estructuración de la imagen de Dios

"Un hombre no se hace hombre sino en la medida en que tiene un padre y una madre". Esta afirmación es verdadera para el plano biológico, y sobre todo para el psicológico.

Cuando se dice "padre" - "madre", se habla de dimensiones de la existencia, de valores a los que la madre o el padre, o sustitutos, dan rostro. Todo el crecimiento psicológico depende de la manera como se ha vivido esta relación profunda con los valores paternos y maternos que toman rostro en nuestros propios padres.

La escala semántica de las cualidades paternas y maternas construida por los estudiosos, fue establecida a partir de la literatura, por escalas estadísticas a partir de tests y es bastante apta para distinguir el contenido de la IMAGEN-SIMBOLO de las figuras paternas, netamente diferentes de la IMAGEN-RECUERDO, de aquella que todos guardamos de "mi" padre y "mi" madre, recuerdo particular, en parte incons-

ciente y que evoluciona con el tiempo lo mismo que “mi” propia imagen.

Subrayamos que esto no quiere decir que el “padre” estaría únicamente representado por cualidades “paternales” y la “madre” por cualidades “maternales”, las dos series revisten una “intensidad”, una coloración que la hace diferentes.

La imagen del PADRE aparece más compleja que la de la MADRE. A éste, no solamente le son atribuidas las cualidades paternales, sino también las maternales en nuestra cultura. Se diría que la IMAGEN DEL PADRE es más rica y más compleja que la de la madre, lo que justificaría el hecho de que se habla más bien de “Dios nuestro Padre” que de “Dios nuestra madre”. El trabajo de Michel Bonami establece, como atributos paternos de Dios, los siguientes:

“Inteligencia que ordena las cosas”, “juez”, “fuerza”, “poder”, “quien da la ley”, “autoridad”, “orientación hacia el futuro”, “saber”.

Y como atributos maternos:

“Paciencia”, “interioridad”, “acogida”, “siempre ahí”, “siempre disponible”, “cerca de quien uno se siente siempre bien”.

En conclusión, el estudio muestra bien cómo la imagen de Dios entre los cristianos (el estudio fue realizado en la población cristiana por el Instituto de Ciencias Religiosas de Lovaina) se forma POR LA MEDIACION de dos imágenes parentales, cada una de ellas con sus características específicas. El símbolo paternal es más apto para representar a Dios, porque evoca en nuestra cultura una plenitud de cualidades que integran tanto las de la madre como las del padre, y vemos cómo esta **representación** está también sometida a los avatares que ésta puede sufrir.

Para el psicoanálisis es en el momento edípico cuando se estructura, de manera decisiva la actitud frente al padre y a la madre. Cuáles son los momentos de esta estructuración?

Antes de los 3 años, el niño es un ser de placer y de deseo que no conoce todavía al otro. Desde su concepción hasta esta edad vive todas sus relaciones como una unión simbiótica con la madre. El otro (la madre), es el que provee a sus necesidades, lo nutre, lo cuida, lo consuela, le aporta y enseña. El niño continúa en el plan afectivo, la simbiosis que vivió en el plano biológico en su vida fetal. Hacia los 3 años, el niño percibe efectivamente la presencia de otro ser diferente a él, que tiene también sus deseos, incompatibles con sus propias aspiraciones a la felicidad absoluta. Percibe, y de una manera más aguda el niño que la niña, que el padre tiene una mayor importancia afectiva para la madre que él

mismo, que ella no es toda para él ni él para ella. En este sentido, el padre representa la ley, el mundo real, las exigencias sociales y por este hecho mismo introduce un cierto conflicto. Antes, el niño no percibía a los otros sino en función suya, de sus propios deseos; ahora va a tener en cuenta el deseo del otro... Tendrá que aceptar la medida, el límite, el otro tal como es... va a tener que renunciar a su propio deseo.

El padre y por lo mismo la Ley que éste representa, son percibidos, si nos detenemos ahí, como PROHIBICION, como RUPTURA de las aspiraciones a la felicidad. Como tal, el padre no puede engendrar sino odio, rechazo, deseo de suprimirlo o aplastamiento de la personalidad propia: el padre, es un rival cuya muerte solamente puede liberar al niño. Así, Freud insiste sobre el hecho de que la ternura inicial permite normalmente al niño identificarse de alguna manera en este momento, con el padre. Todo pasa como si el niño comprendiera que el acceso a la felicidad que percibe ahora, como prohibición, no le será accesible sino en la medida en que él llegue a ser como su padre.

Esta identificación no consiste en una negación de sí, de sus deseos, es decir en una sumisión pura y simple de la ley: consiste en tomar, en alguna forma al padre como modelo. La ley del padre introduce una separación con el pasado; introduce al mismo tiempo una carencia y abre la felicidad futura. Vivida en esta perspectiva podrá ser sentida como condición de libertad psicológica del niño, de su autonomía, y de su capacidad de encontrar progresivamente otras posibilidades relacionales en el plano afectivo. Estas relaciones serán puramente otras y no una imagen más o menos fiel de la madre deseada.

En realidad si esta descripción representa la solución feliz de este conflicto originario entre el deseo y la ley, es preciso decir que esta solución no es vivida nunca como tal! Todo el mundo guarda en sí no solamente la posibilidad sino que actúa la primera solución que es el refugio en lo imaginario, la negación del otro. Cada uno tiene en sí odios, oposiciones locas, rivalidades profundas que se desplazan sobre toda clase de objetos: Todo ésto depende de este conflicto fundamental determinante.

De quién dependen estas tres soluciones?

En el punto de partida, ésto depende fundamentalmente de la madre:

- a) de la relación que ella vivió con el hijo durante su embarazo y lactancia.
- b) de la relación que vivió con su marido.

a) Es típico en una mujer que espera un hijo: revivir con él la vida simbiótica que ella vivió con su madre. La madre puede pues querer en-

retener con su hijo esta unión dual y animar a su hijo a permanecer en lo imaginario.

b) Cómo vivió su relación con su marido? Llegó verdaderamente a relaciones conyugales, es decir, a relaciones de dos seres respetados en su autonomía y en su especificidad, que viven en pie de igualdad toda su existencia? O bien, reproduce con su marido lo que vivió con su propio padre? Valoriza a su marido o lo desvaloriza? A causa de lo que viven, hay madres que nunca valoran a sus maridos delante de sus hijos.

1. Así ellos, los hijos, se refugiarán en lo imaginario negando al padre, lo que es una especie de locura: es la primera solución.
2. O bien, el hijo entra en una rivalidad con el padre, es el combate, la lucha, el padre es percibido como el que prohíbe. En este momento no hay ninguna solución: al rival se le mata. En realidad son actitudes completamente fundamentales y la revuelta contra el padre es tema clásico de toda literatura contemporánea. Revuelta contra la autoridad que encuentra su origen en esta segunda solución que se subraya a fin de mantener esta relación dual con la madre en la que todo es posible, en la que mis aspiraciones son ilimitadas, en la que puedo hacer todo lo que me venga en gana y realizarlo en plenitud. Ciertas personas se instalan definitivamente en la revuelta, en el odio de todo lo que tiene apariencia de autoridad, figura contestadora de su propia suficiencia.
3. La tercera solución es aquella en que el padre se convierte en **modelo**:
 - no en “volverse como él”, lo que entrañaría una negación de la propia personalidad;
 - sino de alguna manera el niño comprende que para vivir la relación de intimidad más profunda que él puede vivir en el mejor de los casos —entre su padre y su madre y que incluye la dimensión sexual de la que él está privado— debe hacerse un hombre pasando por los múltiples aprendizajes que serán motores de su formación. Temporalmente, pues, el niño **renuncia** a tener a su madre para él y a su padre para él, se pone en camino para convertirse en alguien con cualidades semejantes a las de su padre, podrá acceder a aquello que los psicoanalistas llaman “*juissance*” (gozo, fruición), es decir, esa relación privilegiada en que el uno da al otro el ser padre o madre. Así, el padre no es ya solamente un modelo sino un **SIMBOLO DE PROMESA DE FUTURO**. Implica de todas maneras, y ésto es fundamental, una renuncia a la madre y a la rivalidad con el padre.

1. Correspondencia entre las imágenes parentales y la imagen divina.

La experiencia del Edipo es la experiencia estructurante por excelencia.

El niño sale de ella con un tipo de relación con el padre y con la madre que permanecen determinantes de por vida.

La larga marcha forzada hacia la infancia humana no consiste sino en que en el Edipo el niño se vuelve humano, al poner en la prueba de lo simbólico sus fantasmas imaginarios, y termina, si todo "marcha", por volverse y aceptarse lo que es: niño o niña entre adultos, y que posee, como todo niño el pleno DERECHO de llegar a ser, un día, "como papá", es decir un ser humano masculino..." (9).

Es pues a partir de aquí como el niño, y finalmente el adulto, van a poder dar UN CONTENIDO AFECTIVO A LA PALABRA DE DIOS.

Pero...

- a) En la medida en que perdura la necesidad de unión simbólica, Dios arriesga a ser percibido como un objeto de unión inmediata, de experiencia directa que colma las aspiraciones a la felicidad integral: lo que se podría llamar el héroe religioso percibido en las experiencias de fusión con lo sagrado, experiencias de felicidad sin límite, pero también simplemente el deseo de Dios en el que se alimentan las grandes corrientes místicas.
- b) En la medida en que la presencia del padre es sentida como prohibición y que esta dimensión permanece como preponderante, Dios arriesga a ser percibido esencialmente como aquel que da la ley, que exige: "Lo que puede parecer asombroso o arbitrario es que, en este último drama todo se juega en la materia de un lenguaje formado precedentemente, centrado íntegramente en el Edipo y ordenado alrededor del significant: phallus: insignia del Padre, insignia del Derecho, insignia de la Ley, imagen fantasmagórica de "Todo Derecho" (10).

Detrás de estas imágenes se perfila lo sagrado como terrible.

- c) En la medida en que el Padre es percibido como modelo y finalmente como promesa, Dios es aquel que orienta el hombre hacia un porvenir en el que habrá la bienaventuranza: es la dimensión escatológica.

El símbolo del padre a la vez: ley, modelo, promesa, conviene muy bien a la imagen del Dios bíblico. La madre en un Edipo bien

(9) J. LACAN, *o. c.*, p. 33.

(10) J. LACAN, *o. c.*, p. 33.

logrado permanece como fuente de gozo y de placer. El niño renuncia a ella en tanto objeto exclusivo de satisfacción. Reconoce al padre y con él lo real. Las dos dimensiones de mística y de ley deben articularse entre sí. Si se corta la dimensión maternal, mística, se corta la fuente pulsional del niño. Ella es necesaria para alimentar la dimensión de la ley, la dimensión profética.

El místico cristiano goza de Dios, sabiendo que la cruz permanece presente como signo de lo real con sus exigencias que toman rostro en los "otros".

2. Importancia de la estructuración de las normas

No solamente la imagen de Dios que el hombre tiene es definitiva en la estructuración de su religión. La dimensión ética es también parte integrante de sus creencias, y, en los tiempos modernos cubre más definitivamente el campo religioso que la dimensión teológica. En todo caso, educadores que no juzgan necesario el trabajo pedagógico sobre la noción de Dios, juzgan imprescindible la parte normativa, como condición y fundamento de toda vida social.

A la estructuración de las normas le atribuimos esa parte de la salud mental del niño que le enseña a afrontar los sentimientos de responsabilidad moral, de culpa, la orientación del quehacer hacia la construcción de la persona misma y de la sociedad. A este tema le dedicamos las siguientes páginas, ya que también entre los 3 y los 6 años es cuando acontece la internalización de la norma, que quedará definitivamente estructurada con la superación de los conflictos de la adolescencia. Abordaremos el desarrollo evolutivo de la norma y de su correlato: la angustia y la culpabilidad. Mostraremos cómo es preciso estar pasando siempre, en la educación, de una conciencia superyóica, necesaria y propia de la introyección de la cultura por la presencia inevitable de los padres o de los que hacen sus veces, a una conciencia moral que nace siempre del yo consciente que se confronta con los valores (11).

Desde el seno materno, no teniendo nada que hacer, sino dejarse nutrir, esta "planta humana" de existencia vegetativa, antes que "moverse" será "movido". Antes que crear ritmos, los sufrirá, ritmos que crearán ya la dimensión "neuronal" de la repetición, de la constancia que acompaña el comportamiento "normativo". Ya nacido, la "regularidad" acompañará las funciones de la respiración, la nutrición, la alimentación y la excreción, el sueño y la vigilia. Ritmos que conocerá durante toda su vida... Su regularidad le será agradable, su irregularidad, doloro-

(11) En esta parte de nuestro estudio seguimos fundamentalmente a H. BISSONIER, "Psychopédagogie de la Conscience Morale", Fleurus, París, 1969.

sa. Algunos de ellos serán acompañados de tensión (nutrición y alimentación), luego de descanso; de una excitación, luego de su desaparición. El ser humano rudimentario parecerá buscar preferiblemente lo que da seguridad, lo que preserva y defiende su quietud. Esta tendencia general al conservatismo de la ley y a la repetición rítmica, aparece como fundamental para la elaboración de reglas en la vida ulterior, y los trastornos que causa su ruptura, el registro en que se moverán los sentimientos de culpabilidad del adulto: trastornos digestivos, asma, diarrea...

Pero el niño tendrá muy pronto necesidad de "ser causa". Descubrirá rápidamente que sus gritos pueden "producir efectos" cambiar, "manipular" el ambiente, lo que le ofrecerá a su pequeño "yo narcisista" el sentimiento de omnipotencia. El primer intercambio con el medio personalizado consistirá en recibir el alimento y eliminarlo, sea escupiéndolo, sea eliminándolo. La expresión "hacer" no va relacionada con la de defecar? El humano comienza, en estos primeros estadios, su aventura hacia la independencia. Con una mentalidad mágica al principio, todopoderosa, luego tomando conciencia poco a poco de sus límites, el niño se dará cuenta de que puede "modificar su ambiente", "crear ritmos", sacrificar el reposo; difícil y delicado momento para la "estructuración de las normas" es la "culpabilización del actuar", cuando los padres son excesivamente rígidos en los hábitos de limpieza, en el control de la actividad del niño que necesitará golpear el tambor o tocar la trompeta, o que, simplemente, necesitará explorar el medio una vez puestos los pies en la tierra. Será el momento en que el niño empezará a escuchar el "no" ("No toques", "no vayas...". "El que la hace la paga"). El inestable sicomotor es aquel que siempre ha sido "mal visto". La desestructuración de la dimensión temporal-ética producirá el "vagabundo" quien quizá le daba a estos primeros estadios este "mal-estar" de sí mismo.

A través de la búsqueda del aire, del alimento, a nivel oral, luego por los gritos y por el ataque buco-dental, y finalmente a través de las investigaciones musculares y ambulatorias que irán hasta el "pasto intelectual", el instinto de conservación, y el de expansión, el "instinto de vida" y el "instinto de muerte", van estructurando las conductas fundamentales humanas, en la búsqueda del placer, sobre todo a través del juego, en el que el niño ejerce, de un modo prevalente, una función simbólica. Para Piaget, el desarrollo psíquico del niño es comparable a su desarrollo orgánico, es decir, que ambos tienden al equilibrio. Buscan la homeóstasis. En el primer estadio, durante el cual el niño manipula objetos de juego en función de sus propios deseos y de sus hábitos motrices, no se podrá hablar más que de reglas motrices. En el segundo estadio, que podría ser llamado egocéntrico (entre 2 y 5 años), el niño juega solo, y aunque juegue con otros, sigue jugando cada uno para sí, al mismo tiempo que imita y quiere complacer a los mayores.

En la búsqueda del placer, pueden aparecer las que Freud llama “perversiones” que, según la definición de Antoine Porot, conciernen “las anomalías y enfermedades de tendencias instintivas”. Según Otto Fenichel “los perversos son personas que tienen una sexualidad infantil no llegada a la edad adulta. Esto puede ser debido al estancamiento del desarrollo o a una regresión”. Y añade: “Esquemáticamente el perverso es una persona cuyo placer sexual está bloqueado por la idea de la castración. Por la perversión, trata de probar la ausencia de la castración” (12). Esta teoría está de acuerdo con la de Adler quien estima que “la crueldad” “no es sino una superestructura compensadora, en los niños, de su sentimiento de inferioridad”; “los sentimientos de inferioridad y la tendencia de autodespreciarse —dice— forman, así como sus manifestaciones sexuales (sadismo, masoquismo) la base de la neurosis, pero no del siquismo humano”.

Con el descubrimiento del placer, es necesario que el niño descubra también que hay “bienes austeros”. La curación de personas con fijaciones es muy laboriosa pero más fácil en cuanto más temprana.

Cuándo comienza el niño a desarrollar su “función valorizante”? Indudablemente que lo hará al principio, por **necesidad de aprobación**, a tal punto que el niño “comercia” con los mayores, su estatus en la familia. De allí surge la necesidad de **imitación**, de dar gusto, su incapacidad de frustrar a las personas de quienes recibe seguridad y afecto. Nace un estadio de “cooperación naciente” con el adulto. Es el super-yo, de origen afectivo, que activa, según Freud, con un rigor que no corresponde necesariamente con la dureza de la educación (13).

El niño obedecerá por temor y su primer criterio del bien es el de la voluntad paterna. El niño experimentará a los padres como “castradores” —simbólicamente— y la agresividad y la angustia que estos sentimientos le provocan puede ser proporcional a los sentimientos de culpabilidad que el no obedecer le proporciona. De allí la dificultad para remover conductas enraizadas en este estadio, actitudes frente a la sexualidad o a los mayores, o a sus normas. Es la estructuración “afectiva” de la norma, cuya patología aparece sobre todo en el “escrupuloso”.

En qué consiste propiamente la identificación y cuál es su incidencia en la estructuración de las normas?

La identificación aparecerá como un proceso capital, a la vez afectivo e intelectual: “Es huérfano quien no ha tenido un padre a quien imitar”. La crisis edípica tiene una gran importancia sobre todo desde el

(12) Cfr. O. FENICHEL, “*Théorie Psychanalytique des névroses*”, PUF, Paris, 1953, citado por Bissonier, o. c., p. 94.

(13) S. FREUD, “*Nouvelles Conférences*”, Viena, 1932, citado por Bissonier, o. c., p. 110.

punto de vista del desarrollo del conocimiento ya que es el momento en que la inteligencia elige (intus-eligere) la identificación con el padre del mismo sexo o con su imagen. "El interés" en el sentido más fuerte de la palabra, y cuya importancia han señalado en educación Claparede, Dewey y Ferriere, muestra cómo es arrancado el individuo de su narcisismo original. El amor es un modo de conocimiento y de afectividad investida en el proceso de conocer o en su objetivo favorece el conocimiento. Las prohibiciones afectivas que emanan de los padres pueden reprimir la curiosidad del niño quien puede llegar a culpabilizarse de "saber más".

La verdadera identificación para llevar el niño a "realizarse", a "construirse", y las faltas contra el "yo ideal" que el individuo ha formado pueden construir verdaderas heridas narcisísticas, causa de alcoholismo, de "degeneración", de pérdida de la identidad. El "yo ideal" puede, cuando es demasiado exigente, o perfeccionista, ser causa de neurosis y depresión, cuando no de grandes quiebras en la vida de relación. Su más positiva pedagogía sería la del contacto permanente con la realidad.

El momento culminante de la estructuración de las normas, y el paso definitivo hacia una actitud ética, se da fundamentalmente en el niño, por identificación, cuando liquida positivamente los sentimientos de rivalidad fraterna, aceptando la presencia de "otro", rival y heredero, pero hijo de su mismo padre. Esta presencia amenazante que el niño buscará eliminar, que despierta sus más terribles celos, que objetiva todas las amenazas de no-valer, de ser reemplazado, de ser insignificante, unidas a los deseos de homicidio que le engendra esta situación, podrá ser aceptada en la medida en que los padres le ayuden positivamente a tomar actitudes de "padre" frente a su hermano, a hacerse responsable. La no resolución de este conflicto será fuente de encerramientos en un mundo imaginario, fuente de oposiciones, de rivalidades, de terquedades, cuando no de una negación total del "otro". En la aceptación del hermano, del "igual" con derechos y frente al cual existen deberes, se estructura la dimensión ética fundamental de la justicia y de la convivencia social.

3. Angustia y culpabilidad

Ante todo nos es necesario diferenciar entre la manera de reaccionar la conciencia moral y el super yo. Mientras el primero se juega en el registro de la angustia y de la culpa, el segundo en el sentido de los valores.

Qué sucede cuando trasgredimos una norma?, o, simplemente, cuando deseamos trasgredirla? Experimentamos angustia. El complejo de culpa.

Dada la importancia en la educación vamos a tratarla.

Un complejo es una unión indisoluble entre:

- Las PULSIONES, con metas diferentes, a veces contradictorias,
- las PROHIBICIONES, de orden cultural, que se oponen a la realización de esas pulsiones (14).

Las PULSIONES (instintos) son impulsos primarios de fuentes fisiológicas que tienden a un fin y que exigen una gratificación. Freud formula la hipótesis de que todo fenómeno psíquico tiende a volverse consciente. No se detiene en el camino más que si se tropieza con resistencias, como un juego de fuerzas. Una vez desencadenado el proceso, la carga efectiva que lo sostiene debe encontrar una utilización. Sigue el proceso de la vida, que, una vez desencadenada, no se detiene más que con la muerte, es decir, con la destrucción de la integridad del ser vivo. Igualmente el libido no se deja ni anular ni disminuir en su cantidad dinámica. Si sucede que desde su aparición el impulso libidinal encuentra prohibiciones, la representación es reprimida; la carga afectiva que la sostiene PERMANECE. Se convierte en ANGUSTIA.

La ANGUSTIA, malestar inefable, depende en su intensidad de dos factores: por una parte, de la importancia de la carga afectiva separada de su apoyo original, por otra, del grado más o menos total, más o menos categórico, del obstáculo impuesto a la pulsión. Si la carga afectiva encuentra la manera de injertarse en otra idea mejor tolerada en el mundo exterior, tendrá lugar la formación de un SINTOMA: utilización desfigurada de la pulsión reprimida. Esta aparición del síntoma libera al sujeto de su angustia y proporciona un sentimiento inmediato de bienestar.

Qué entendemos por complejo de culpabilidad, por sentimiento de culpa?

El sentimiento de culpa es el sentimiento, más o menos motivado, de haber cometido una falta, o el miedo de cometerla. Se traduce por inquietud, inseguridad o vergüenza, profundamente asociados con el "complejo de castración".

De hecho todos vivimos más o menos conscientemente sentimientos de culpa. Una persona que dijera no haberlos experimentado nunca diría con ello que no puede ni aún soportar el hecho de equivocarse. Sería alguien de mala fe, o un perverso, lo que es raro.

El registro de la culpabilidad no es en sí negativo. En él vivimos la conciencia moral. Pero su contenido puede tener una tonalidad variada que debe discernirse absolutamente. Es más o menos justificado invasor,

(14) Cfr. F. DOLTO, "Psicoanálisis y Pediatría", Ed. S. XXI, Méjico, 1975, p. 13.

ver si corresponden a los hechos objetivos, si deja el espacio para otros sentimientos. Se da en una preocupación constante de "estar en regla". Toma formas muy variadas como el legalismo, el ritualismo, el "dar gusto", no "causar pena" que toma una tonalidad permanente en la conciencia sin dejar espacio para otra cosa. Ciertos psicólogos como Hesnard, han dicho que el origen de todas las neurosis se encuentran en el "universo mórbido de la falta", y hay algo verdadero en esta afirmación. Lo que refuerza, dicen ellos, estos sentimientos de culpa, es la religión. Algunos querrían suprimir el sentimiento de culpa. Esto es utópico y tampoco sería sano suprimir absolutamente el piso afectivo de la conciencia moral, que pasa por la culpabilidad, y quizá sería más destructivo que un sentimiento agudo de la misma.

De qué criterios disponemos para evaluar la vivencia de los sentimientos de culpa?

Nos referimos a la perspectiva genética: a las tres etapas características que corresponden a estructuras conflictuales permanentes que juegan de manera constante:

1. El primer elemento que debemos recordar es la diferencia radical entre el hombre y el animal. El animal tiene "instintos": esquemas de comportamiento previstos con anticipación; por lo mismo no se pregunta sobre el bien y el mal. Para el hijo de un hombre es diferente: desde que nace está desarmado ante la vida. Los reflejos para él son de orden fisiológico, no se trata de comportamientos. Encuentra una especie de vacío con relación a todo lo que lo rodea, es preciso que invente comportamientos que le permitan vivir.

Desde el principio vive desde una especie de ambivalencia. La relación con lo que lo rodea es contradictoria y alternante. Desea y rechaza... Ama a su madre porque lo alimenta, la rechaza porque lo baña... La madre es fuente de satisfacción y de frustración. Toda la estructuración de la afectividad del niño parte de esa ambivalencia resentida en relación con las personas que lo rodean. "En ciertos momentos, se ve que el niño rechaza literalmente a la madre cuando ésta quiere tomarlo entre sus brazos y apretarlo ante sí; sucede que el niño grita y se debate con una energía sorprendente" (15). De hecho esto corresponde a una defensa del niño frente a la AN-GUSTIA. Esta angustia nace del recuerdo de la vida intrauterina, allí el niño estaba bien, pero la idea de retornar allí suscita la angustia. Este movimiento de defensa provoca a veces en la madre sen-

(15) M. ORAISON, "La Culpabilité", Ed. du Seuil, 1974, p. 16.

timientos agresivos. Si los manifiesta, el niño experimenta sentimientos de abandono, sentimiento muy frecuente en la culpabilidad. De dónde viene que tantos adultos no se sientan amados? De no haber tenido lo que desearían: Esto remonta a la infancia, cuando la madre se mostraba agresiva frente a la angustia del niño, actitud que por otra parte es inconsciente en ella.

A este estadio corresponde entonces un comportamiento de atracción-rechazo que permanece presente en la edad adulta. Se trata de ciertas cosas sentidas como amenaza para ciertos valores vitales: EL MIEDO DE LA SANGRE, DEL SEXO, DEL EXTRANJERO, DE LA MUERTE... son miedos extremadamente primitivos, no razonados, que de cierta manera están marcados por TABUES que, a la vez, provocan atracción y rechazo. Su transgresión o el simple deseo de transgredir, es seguido por sentimientos de remordimiento, de culpa que no son otra cosa que el miedo de incurrir en la amenaza ligada a estas realidades.

Así en la historia de cada uno, hay cosas que están asociadas a la vez a un atractivo y a una amenaza. El lazo es a la vez secreto inconsciente (en la neurosis obsesiva, por ejemplo). Estas cosas se imponen a la conciencia como que hay necesariamente que ejecutarlas, o que de ninguna manera pueden hacerse. En la medida en que no nos impidan como dice Freud, amar y trabajar, no hay sino que acordarse y aceptarlas. Pero si falsean nuestras relaciones con los demás o nos impiden amar, hay que tratarlas.

2. Una segunda etapa consiste en la educación a la limpieza. Cuando el niño toma conciencia del control de sus esfínteres descubre un verdadero medio de presión contra el medio. Puede rechazar lo que se le pide, o hacerlo. Esta posibilidad está orientada por el deseo de captar el amor o el temor de perderlo. Va a dirigir sus potencialidades en función de este imperativo. Cuando habrá “desobedecido” se sentirá amenazado de no ser amado. Para él, esta angustia de culpabilidad es vivida como un miedo de “vivir muerto”, sin amor. Efectivamente cuando se escucha un niño de años, habla mucho de la muerte.

Se trata de una etapa muy importante porque según el niño tome conciencia de sus potencialidades va a tratar de utilizarlas en vistas a ser amado o reconocido. De allí nace la imagen ideal de sí que resulta de las expectativas de los padres o de sus sustitutos. Se trata de lo que el niño va a ser, a tener que hacer para obtener el amor deseado. Será una segunda fuente de culpabilidad: no hacer o no ser lo que los otros desean que hagamos. Más tarde se sustituirá el deseo del otro por la Voluntad de Dios!

El pecado se convierte en el temor de no ser amado por Dios.

3. Una tercera etapa es el conflicto complementario del de Edipo, el de Caín: Hemos visto el odio mortal sentido por el niño contra el padre, pero hay otro que surge del corazón mismo del amor por el padre. El niño exige un amor total y exclusivo y el padre tiene otros hijos... Abel... Para conquistar al padre como objeto y sujeto de amor, Caín debe amar y ser amado por él en cuanto padre de Abel! Caín es pues obligado a hacer un nuevo trabajo de duelo de este padre a quien él dirigía una demanda exclusiva, debe entonces reconocer a Abel. Este conflicto encuentra una solución en la identificación de Caín con el padre: Se trata de una **formación psicológica nueva**: la conciencia ética, que consiste en hacer propios los sentimientos del padre hacia Abel. Sobre este modelo puede comprenderse mejor la culpabilidad cristiana. La actitud religiosa consiste no solamente en reconocer a Dios sino en reconocerlo como padre del prójimo.

La falta religiosa, del pecado, en el rechazo de reconocer a Dios como Padre de mis hermanos. El pecado, es lo que falta en la relación al otro para que este otro se sienta como reconocido él también.

Esta última forma de culpabilidad no es ni angustiosa ni invasora. Es un sentimiento estimulante que no puede resolverse sino en un proyecto-decisión de hacer tal o tal cosa que atenuará, compensará las consecuencias de la falta cometida por mí.

En el Evangelio vemos que Cristo elimina los primeros tipos de culpabilidad, nos libera de ellos (el caso de la mujer adúltera, el hijo pródigo) y ayuda a asumir la tercera en el caso de Zaqueo.

4. Diferencia entre la manera de reaccionar la conciencia moral y el Super-yo.

AUTOACUSACION DEL SUPER-YO

1. Actitud fija en el pasado.
2. Idea de que todo está "jugado". Irreversibilidad.
3. Está frente a su falta: fijo.
4. Condenación ineludible.

ACUSACION DE LA CONCIENCIA

1. Sentido de la importancia del presente y del futuro.
2. Sentimiento de restauración posible.
3. Está frente al "otro" (Dios o la persona afectada).
4. Perdón posible.

- | | |
|--|--|
| 5. Desesperación. | 5. Esperanza. |
| 6. Fatalidad. | 6. Libertad. |
| 7. No hay posibilidad ni de arrepentimiento, ni de purificación, ni de cambio. | 7. Es posible arrepentirse, cambiar, purificarse. |
| 8. Falta de valoración por otros aspectos de la conducta; siempre es el mismo tema. Contexto de mediocridad. | 8. La falta es siempre seria, aún si aparece mínima, pero existe una jerarquía de valores. |
| 9. La falta hace a la persona indigna de vivir. | 9. La falta da el sentimiento de los propios límites. |
| 10. Busca la autopunición que puede ir hasta el suicidio (expiación por "culpable") | 10. Busca la reparación. Remedia los daños. Confianza en Dios. |
| 11. Busca la autodestrucción, los ritos, los actos compulsivos, la autoacusación. | 11. Acepta ser perdonado. |
| 12. Necesita aprobación de una figura paterna. | 12. Se mueve por el "valor" de la acción en sí. |
| 13. Repite conductas, es estático. | 13. Puede evolucionar hacia otros valores, es dinámico. |
| 14. Orientado hacia la obediencia ciega del mandato. | 14. Orientado al valor. |
| 15. Instancia a ser castigado y miedo de la reconciliación. | 15. Sentido del proceso gradual de crecimiento. |
| 16. Pasajes abruptos de soledad, culpa, baja de la propia estima, vergüenza. | 16. Valorización objetiva de la falta y de sus consecuencias que pretende remediar. |

Notemos expresamente, en las características de las reacciones del super-yo, la dimensión de la formación de la angustia como fijación y como compulsión. Observemos en las de la conciencia moral, sobre to-

do las metas y la calidad de los aportes que el educador debe tener en cuenta para situar al niño frente a sus faltas.

* * * *

Al concluir nuestro recorrido por la estructuración de la imagen de Dios y de las normas, no nos queda otro camino que someter a riguroso examen nuestras actitudes personales: ver sus orígenes, su apoyo para unas actitudes “sanas”, para una religión opresora o liberadora. Y emprender pacientemente una purificación lenta, crítica, auténtica, de todo aquello que en nosotros puede hacer difícil la transparencia de la obra de Dios en nosotros por esas famosas imágenes que nos hacen vivir en la angustiada rutina o en el temor: “Ellos atan pesadas cargas”. Recibir y captar la verdadera liberación desde dentro es obra del Espíritu que respeta profundamente los registros infantiles para hablar a nuestro corazón y moverlo. Tarea que podemos simplificar y acortar a nuestros niños, por medio de una correcta transmisión de normas y valores.